

DIALOGO EN LOS PIES

De ahora en adelante seré el primero siempre en todo: dicen los zapatos negros. No había aclarado el día y como flechas disparadas se levantan los zapatos negros. El pequeño parque parecía una esmeralda mirando calles y viendo caer gotas de agua al pavimento, parecían quejarse: ¡ay... ay... ay...! Cómo pega de duro ese pavimento. En el pasto caigo más suavemente; decían las gotas de agua.

Seguía el agua cayendo en las calles orgullosa, ensuciando zapatos sin saber qué oficio les correspondía.

De repente, en casa de un doctor se oye un grito: ¡Rubiela! Búscame los zapatos negros que compré Las cotizas las dejaré para el campo. Voy para la oficina y tengo que ir muy elegante.

El doctor se miraba en el espejo brillante como el sol, su sombra relucía más linda que una flor. Al mirar las cotizas al doctor sentíanse tristes de saber que en la ciudad no servían para nada.

El agua saltaba en las fuentes, en los huecos de la ciudad. El doctor se mezcló con el barro; sus zapatos nuevos se ensuciaron. Buscó desesperado un lustrabotas; éste se dio cuenta de que tenían mierda, mias y barro. Los volvió a dejar nuevos y negros como la noche.

El lustrabotas los encontró, grises como la calle y se dijo:

- He seguido a los clientes con atención durante muchos años.

He aquí lo que me dicen los zapatos, las cotizas se han quedado en el campo, y los zapatos hieren los pies.

Pisando diferentes calles, cuadras, avenidas, carreras y pensando en llegar a la oficina y a la casa de mi barrio me observo bien, cómodo, lo dice con ánimo el doctor.

Los zapatos negros, como príncipes de los pies, después de poco tiempo de haber sido estrenados miraban con asombro nadadoras góticas de agua que caían sin quejarse creyendo estar bailando en el aire. Muchas veces por no volver a donde el lustrabotas los pies se limpiaban los zapatos con el pantalón de paño; este estaba muy bien planchado. El pantalón se quejaba y los zapatos no oían. Estos se reían de ver su hermoso brillo.

De repente pasa un señor con zapatos color café. Estos zapatos muy asombrados del brillo, no sabían que hacer... los dos pares se miraban sin decir palabra. El sol ardiente miraba sereno y el par de zapatos no se daban cuenta.

Pasan unos segundos y por casualidad se asomaban tres pares de zapatillas, van con tacón puntilla. Son unas rojas, azules oscuro otras, y color habano las últimas.

Con mucha generosidad se arrima el doctor de los zapatos negros a saludar a la dama de las zapatillas rojas; estas se

acomodan a querer correr o saltar. Las zapatillas azules comienzan un baile mientras que ellos quedan frenados al ver al joven de los zapatos color café. La angustia de la dama de las zapatillas color habano sufría cabizbaja, sin contener las miradas de los hermosos brillos, que se dio cuenta de los zapatos negros que la miraron.

Un joven, con zapatos color uva, con mucho esfuerzo se asomaba tímido, viendo los doctores de los zapatos negros y color café. Se miró de arriba a abajo. Se sintió mal arreglado y se dijo:

-¡Dios mío!, no me puedo arrimar, me da pena, no los tengo brillantes como ellos, me voy a ir a hacer lustrar.

De repente sonó un estallido que venía de la calle y con sonido de guerra ¡pan, para pan pan pan, pan pan...! los caballeros y las damas se dijeron:

- No me gusta ese ruido, lo dijeron todos al tiempo. Se miraron unos a otros y de inmediato se olvidaron los brillos y se fueron para sus casa como vinieron.

09 Agosto 2002

ALMA DE LA CALLE